

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

La teoría política y el *Manifiesto*

Ellen Meiksins-Wood

He sido convocada para comentar dos citas del *Manifiesto*: “Toda lucha de clases es una lucha política” y “El comité ejecutivo del estado moderno no es sino un comité para manejar los negocios comunes de la burguesía en su conjunto”. La pregunta particular que se me ha formulado sobre estos famosos aforismos es: “¿fue reduccionista la teoría clasista de la política de Marx?”

Yo simplemente voy a cambiar la pregunta para adecuarla a mis propias preocupaciones. En primer lugar, honestamente no pienso que haya mucho que decir sobre la pregunta del “reduccionismo”. Los marxistas suelen ser atacados desde la derecha como “reduccionistas”. Hoy, esta acusación se ha devenido en favorita para la izquierda (posmodernista). Hemos llegado al punto en que cualquier intento de explicación, cualquier tendencia a pensar en términos de causalidad, es “reduccionista”. Pero seamos claros al menos en esto: Marx no es más “reduccionista” que cualquier otro que haya intentado explicar algún proceso social o histórico para hacerlo inteligible.

Agregaré, entonces, una cosa más antes de seguir adelante: hasta donde entiendo, no puede sostenerse demasiado el reduccionismo en la caracterización de la relación entre el estado y el capital. Y esto es ahora más verdadero que nunca, cuando el estado neoliberal está retirándose aún de sus funciones apenas mejoradoras y la complicidad entre capital y estado es más transparente que en cualquier otro momento desde el siglo XIX.

Por lo tanto, no hay nada en el *Manifiesto* que me parezca demasiado reduccionista. Yo tengo, pues, algunos otros problemas con las afirmaciones que me pidieron comentar -especialmente con la primera. Déjenme plantearlo audazmente: toda lucha de clases no es una lucha “política” en algún sentido convencional, al menos no en las sociedades capitalistas. Este es, de hecho, uno de los problemas más grandes que el capitalismo plantea a los socialistas. El ha creado históricamente condiciones sin precedentes en las cuales la lucha de clases puede no ser “política” sino puramente “económica”.

Por supuesto, las luchas “económicas” tienen que ver con el poder

y la dominación. Pero hubo un tiempo, en las sociedades precapitalistas, donde los conflictos sobre la explotación económica implicaron directamente a los poderes "políticos", los poderes jurisdiccionales y coercitivos de señores o estados. El capitalismo ha trasladado muchos de estos conflictos a una nueva y separada esfera "económica", y aún dentro del lugar de trabajo, el que es generalmente separado respecto de la esfera "política" o "pública", mientras que el poder del capital en última instancia se basa en los poderes coercitivos del estado.

Esto me conduce a otro punto sobre el contexto en el cual aparece esta observación sobre la lucha de clases. Es en un párrafo que habla sobre las maneras en que las tecnologías modernas y especialmente los medios de transporte y comunicación están ayudando a unificar a los obreros, poniendo en contacto unos con otros a lo largo de lugares de trabajo y localidades ampliamente dispersos. "Es exactamente éste contacto —continúa el pasaje— el necesario para centralizar las numerosas luchas sociales, todas del mismo carácter, en una lucha nacional entre clases".

El *Manifiesto*, al menos por propósitos retóricos, parece dar por garantizada la traducción más o menos inmediata de las luchas de clases en términos políticos debido a este efecto unificador. Sin embar-

go, sabemos ahora que el desarrollo del capitalismo, aún con tecnologías y poderes de comunicación más avanzados mucho más allá de lo que Marx hubiera podido imaginar, no ha producido una clase obrera crecientemente unida.

De lo que el *Manifiesto* no habla es de las maneras en que la verdadera estructura del capitalismo, su modo específico de explotación, fragmenta a la clase obrera. Este lo logra, entre otras cosas, precisamente domesticando a las que podrían, en otras condiciones, ser luchas políticas, encerrándolas en los muros del lugar de trabajo y volviéndolas conflictos puramente "económicos".

En otras palabras, las mismas condiciones que evitan que cada lucha de clases se convierta en una lucha política también militan contra la unificación de la clase obrera. El capitalismo crea problemas políticos específicos, obstáculos específicos a la lucha política, que necesitan ser superados por esfuerzos organizativos activos que a menudo trabajan a contrapelo.

Pero si la visión política del *Manifiesto* es incompleta, lo que éste tiene que decir acerca de la dirección del desarrollo capitalista en otros aspectos es sorprendentemente profético. De hecho, ahora que el capitalismo ha realizado más o menos las profecías del *Manifiesto* acerca de la universalización

del capitalismo, ahora que el capitalismo ha realmente “derribado todas las murallas chinas”; expandiendo sus imperativos de acumulación y competencia a todo rincón del mundo, y ahora que la complicidad entre los estados neoliberales y el capital “globalizado” está volviéndose crecientemente transparente (reduccionismo reivindicado!), puede resultar que las luchas económicas de clase se muevan aún hacia un plano político y que la clase obrera sea aún unificada de maneras nuevas y sin precedentes.

Déjenme apenas repetir algo que he dicho a menudo sobre esto últimamente (ver, por ejemplo, *Monthly Review*, febrero de 1997 y julio-agosto de 1997): contrariamente a la sabiduría convencional, la “globalización” ha hecho al estado no menos sino más importante para el capital. El capital necesita al estado para mantener las condiciones de acumulación y “competitividad”, para preservar la disciplina laboral, para aumentar la movilidad del capital mientras bloquea la movilidad del trabajo, y para muchas otras cosas. Después de todo, el así llamado “neoliberalismo” no es sólo una retirada del estado respecto de la provisión social. Es un conjunto de políticas activas, una nueva forma de intervención estatal destinada a aumentar la rentabilidad capitalista en un mercado global integrado.

Alguna gente de la izquierda ha

sido terminalmente descorazonada por estos desarrollos. La abierta y brutal complicidad entre capital y estado le parece el golpe final, el fin del proyecto socialista. Pero yo veo las cosas diferente. Me parece que la dependencia del capital respecto del estado puede convertirse en nuevas oportunidades para la lucha anti-capitalista y una genuinamente socialista. La necesidad del estado de parte del capital hace al estado otra vez un foco importante y concentrado para la lucha de clases. Y el hecho de que el estado esté visiblemente implicado en la explotación de clase tiene consecuencias para la organización de clase. Los ejemplos que hemos visto recientemente de gente ganando las calles en varios países en oposición a las políticas neoliberales de “globalización”, “competitividad” y “flexibilidad” demuestran las posibilidades que puede abrir en tanto la fragmentación de la clase obrera dé lugar a la unidad contra un enemigo común. Ahora más que nunca es tiempo para que cada lucha de clases se convierta en política.

Mucha gente, incluso en la izquierda, ha aceptado que No Hay Alternativa. Puede ser cierto que la alternativa *socialdemócrata*, si fue en absoluto alguna vez viable, haya sido hoy estrangulada. Puede no haber aún formas alternativas de capitalismo junto a la repugnante que estamos viendo ahora —excepto una

todavía peor. Pero para aquellos de nosotros que nunca creímos en la posibilidad de capitalismo con rostro humano, esto no es el fin de la

historia. Queda todavía una real alternativa llamada socialismo.

Canadá, enero de 1998.

150 años: reflexionando en la ira

Werner Bonefeld

En el Prefacio a la edición alemana de 1872 del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels puntualizaron que los desarrollos desde su primera publicación en 1848 habían vuelto redundantes partes del *Manifiesto*, especialmente la lista de demandas específicas del final de la sección 2 y las polémicas de la sección 3 contra otros partidos socialistas que habían dejado de existir desde hacía tiempo. ¿Cuáles hubieran sido sus comentarios sobre el *Manifiesto* en 1998?

El fin del *Manifiesto* no fue legar al mundo una herencia filosófica atemporal, sino dar dirección al fermento político del día. ¿Los convencería la continua existencia de las relaciones sociales capitalistas que la lucha contra el comando capitalista del trabajo es por completo infructuosa? ¿Qué deberían decir sobre los regímenes anteriores del bloque del este, que comandaron el trabajo bajo el nombre del socialis-

mo? ¿Se unirían al coro del “mundo occidental” que decreta el fin de la historia? ¿Estarían realmente sorprendidos ante una burguesía que anuncia que la historia ha llegado a un fin con su sistema de explotación y dominación? Supongo que no. Más aún, pensaría que Marx y Engels estarían enojados. Su ira, sin embargo, no estaría dirigida a una burguesía que cumple su rol y propósito: la clase capitalista no puede existir sin su batalla contra el espectro del comunismo. La ira estaría dirigida contra sus camaradas que se han vuelto falsos amigos: en lugar de liberar a Marx de las cadenas del stalinismo, la caída del muro de Berlín ha sido empuñada finalmente como una oportunidad para escapar de Marx. Digo escapar con intención crítica. El anuncio del fin de la historia es sinónimo del compromiso con el espectro del capitalismo. Ha sido la Nueva Izquierda la que ha anunciado su adiós a la clase trabajadora, no la burguesía: